

surda actitud de contraponer inexorablemente a uno y otro.

Muchos hombres responsables del Perú hemos tomado a nuestro cargo el homenaje a González Prada a los cien años de su venturoso natalicio. Igual ocurre en México, con el gran Justo Sierra. No descansaremos en exigir y obtener que se haga justicia a un escritor formidable, a una conciencia ejemplar. Se explica que los que asaltaron las imprentas en donde González Prada colaboraba —¡y sin embargo hablan de libertad de prensa!— esgriman su odio inmortal. Los demás, no. En 1935, el dictador Benavides aceptó que la

Junta de Notables bajo su influencia colocara una placa conmemorativa en la casa en que nació González Prada. Entonces pronunció el discurso respectivo el regidor Orellana Agüero. Benavides tenía motivos para oponerse. No lo hizo. Hoy no está ya en el escenario político ni vital el General Benavides, contra quien descargó González Prada los calamorrazos de *Bajo el oprobio* y *La lucha*. No hay excusa posible para la inhibición, cualquiera que sea su causa. La Nación felizmente sabe reparar los lamentables olvidos con que inmercidamente se mal educa a sus hijos.

UNA VEZ MÁS, GONZÁLEZ PRADA

(En *La Tribuna*. Lima, enero 6 de 1948)

Con Francisco de Paula González Vigil y luego Lino Urquieta, Manuel González Prada forma en el Perú la trilogía de prohombres de conducta rectilínea y cuyos altos méritos, acrecentados en el tiempo, nada ni nadie puede disminuir. Ni de González Vigil, o simplemente Vigil, ni de Lino Urquieta dicen poco ni mucho los dispensadores de glorias. De González Prada nos encargamos los apristas de levantar al más erguido mástil su nombre y sus virtudes. Pero lo cierto es que los tres, cada uno en su época y en su ambiente, marcaron huella para que la siguieran y se inspiraran las generaciones del futuro.

Ahora van a cumplirse 100 años del nacimiento del Maestro González Prada y precisa que sus claros prestigios se voceen a fin de que lo recuerden quienes hacen como que lo olvidaron y se fije en la mente de los jóvenes la lección de aquel que dijo, refiriéndose a la aptitud de ser y parecer: "*¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!*" Porque González Prada tuvo muchas frases-sentencias como esta, en las que trató de condensar su pensamiento y sobre todo su tremendo dolor ante la corrupción y el dolo ambiente, pero quizá ninguna concreción su íntimo sentir como la que acabo de citar.

Ser joven para González Prada no era, hay que entenderlo, tener la edad de la mocedad física en la cual toda generosidad y todo ensueño es posible. Para el Maestro de dignidades ciudadanas, ser joven era romper con el pasado vergonzante e intentar una nueva norma de conducta, erguida y rectificatoria, capaz de cambiar los rumbos hasta entonces —y hasta ahora— culpablemente equivocados de los gobernantes civilistas.

Gran patriota y gran visionario, González Prada creía en el porvenir del Perú bajo un nuevo signo de vida. Creía por eso en que hombres nuevos, de mentes aireadas, libres de la estrecha mentalidad colonial y de la más estrecha y egoísta mentalidad oligárquico-civilista, iban a realizar la grande y ennoblecedora tarea de hacer del Perú una nación digna, libre y justa, reconquistando su antiguo prestigio y colocándose en el lugar de honor que le corresponde en el Continente. Y por eso clamaba con toda su voz potente y orgullosa, sin que nadie le intimidase ni transigiera con nadie, desenmascarando a todos los fariseos de nuestra política criolla, revelando el mal ahí donde creía encontrarlo y llamando a las cosas por su nombre, sin falsos pudores dentro de un lenguaje cáustico pero ajustado a la verdad.

Por eso González Prada no llegó nunca a Ministro de ningún régimen mediatizado ni mucho menos civilista. No fué ni siquiera di-

putado o senador. No perteneció a ningún Partido —no alumbraba aún ningún grupo con auténtica doctrina democrática— y cuando él, a insistencia de sus amigos, fundó un grupo político al cual quiso orientar por los cauces de una democracia verdadera, se encontró con que muchos no le comprendieron, otros cuidaron más sus intereses personales y los más lo juzgaron temerario o loco. Porque locura era en esa época pretender gobernar sin la casta oligárquica que durante cien años viene detentando arbitrariamente el poder. De ahí que González Prada poco a poco se vió abandonado por sus amigos con la amargura de

haber creído en ellos y de saberlos incapaces de sacrificarse por una idea. Para González Prada fué otra de sus frases geniales: "Los hombres de genio son como las cordilleras nevadas".

Auténtico demócrata en época en que serlo exigía demasiado, el Maestro afirmaba que no podía conocerse bien a un pueblo sin saber la condición social y jurídica de la mujer. Ardiente defensor del indio, él fué el primero en situar su condición dentro de los justos límites de un problema social y no racial, como lo han hecho todos los "protectores" de la raza indígena, del mismo modo que lo hacen los colonizadores extranjeros con los "nativos".

Como Sarmiento vió en la cultura el arma máxima de elevación del nivel moral y social del pueblo. De allí que su nombre sea hoy bandera al tope de las Universidades Populares fundadas por Haya de la Torre y que en su nombre se imparta conocimientos a nuestras clases trabajadoras para que con esta arma se defiendan de la explotación y del oprobio.

Ningún homenaje mejor para el Maestro que el tenerlo como guía de un gran movimiento social y político que está realizando la transformación de nuestra Patria. Este es su monumento, más valioso que el mármol y la piedra porque es monumento erigido en el corazón de las nuevas generaciones de trabajadores manuales e intelectuales del Perú.

Magda PORTAL.

APUESTA MORROCOTUDA

(En *La Prensa*, San José de Costa Rica, Mayo 20 de 1927)

Pedro de los Dolores Jirón, único apellido, cincuenta y dos años, casado, jornalero y vecino de Mata Redonda, enjuto, desdentado, pobrísimo, siempre tosiendo con una maldita tos de perro que le raspaba hasta los tubos capilares de los bronquios, ese es el héroe de mi historieta.

Con mujer y dos chiquillos tan entecos y macilentos como él: aquélla, eternamente pegada a la piedra, a la batea y al fogón, siempre atacada por dolores de cabeza y atarceada por flemones originados por raigones y caries; los chicos amarillos, panzudos, invadidos por amebas, anquilostomas y malaria.

Los cuatro viviendo esa miserabilísima vida de los pobres de nuestros campos, dura, sin esparcimientos, sin desahogos; lucha sempiterna con el hambre, la desnudez, las enfermedades, las inclemencias; pegados al escuálido salario de jornalero y a las escasas generosidades del patrón, traducidas en plátanos, chayotes y quelites, en un deshecho de pantalón, cobija o saco, y en los cuatro palos de leña de cerca recogidos acá y allá en el cafetal para asar la insípida tortilla, cocer el puñado de frijoles negros y hervir las verduras y el agua para filtrar el café de tercerilla.

"Y mañana como hoy y siempre igual". Y sin más esperanza que la de ser dignos de alcanzar en la otra vida las felicidades y goces prometidos en las Bienaventuranzas. Y como había que agarrarse de la mano del ahogado fuerte, de San Pedro estaban prendidos con sincero fervor, con desesperación, con uñas y dientes. Una estatuilla de yeso, del humildísimo Pescador, Discípulo y Celestial Portero, aderezada con florecillas de papel, era todo el ornamento de la sala dormitorio, comedor, cocina que constituía la pobrísima pieza de ñor Jirón en la finca cafetalera a la

que alquilaba sus escuálidas fuerzas, de enero a enero.

Estaban en pleno verano en las múltiples y presurosas faenas del beneficio; ochocientos sacos ya iban de camino para Londres; otros tantos estaban en vía de preparación para Hamburgo, sin contar con cerca de doscientos de "tercerillas" que irían a Nueva York. El patrón con su familia ocupaba la cómoda y espaciosa casa de altos al lado del gran patio de asolear café y no muy distante del galerón de la maquinaria.

Jirón, con camiseta de manta, calzón de mezclilla, sombrero de palma, descalzo, era el brazo derecho del mandador; en el clasificador estaba ocupado recogiendo y apartando sacos llenos, arrojando vacíos y abriendo compuertas, aceitando chumaceras, barriendo derrames. Eran sus horas de seis de la tarde a seis de la mañana, y después de echar unos cuatro parpadeos en la durísima "cuja", se "cachaba" un colón extra por medio día, allá en el "correteo", meneando los granos despulpados entre los canales rebosantes de agua espumosa.

La cosa así "no iba tan a pior", decía Jirón, porque dos colones por noche, y un colón por medio día, venían a juntar tres, que al cabo de la semana eran dieciocho y "decomisando" y con lo que la mujer se agenciaba con la batea para los patrones y "un cuatro" diario de cada chiquillo en "rejunta" y en "repela", y en esto y en aquello, daban un total de treinta colones: ¡tamaño montón de reales!

¡Si así fuera todo el año! "Achará" que no dure esta bonanza más que tres meses! Los otros nueve son de "vacas flacas", de lluvias, privaciones, pobreza, miserias y enfermedades.

¡Mi patrón San Pedro me tiene que valer; "pa" eso le pago yo la misa de año y